

NOTAS Y COMENTARIOS

EL 11 DE SEPTIEMBRE, LA CRISIS Y LA FUTURA CONSTITUCION

Alguien dijo hace tiempo que asistíamos a un cambio de época y no a una época de cambios. La revolución chilena, a partir del 11 de septiembre de 1973, ha confirmado notoriamente este aserto. Mucho ha quedado atrás, mucho más de lo que cree el vulgo y más aún de lo que piensa el intelectual o el político criollo.

La Junta Militar de Gobierno ha tenido el coraje de asumir la defensa de una nación hasta esa fecha indemne ante la embestida del marxismo y, enseguida, a partir de esa fecha, ha dado una lección al mundo al sostener imperativos políticos nacionalistas y de autoridad que abren profundamente los surcos de un nuevo estadio histórico. Ello el mundo no lo quiere entender o pretende negar su existencia. Lo que ha ocurrido en Chile ha sido premonitor de lo que vivirá especialmente Occidente en poco tiempo más y esto no constituye falso orgullo, en ningún caso.

No pretendemos ocultar realidades amparándonos en la vieja praxis democrática occidental que nutrió el pensamiento universitario de los constitucionalistas y teóricos del pensamiento político. Es que el sistema democrático ha hecho crisis y esta crisis es mucho más profunda de lo que nosotros mismos nos imaginamos. Así como la Revolución Francesa destruyó el absolutismo divino de los reyes y dio paso a la democracia liberal, así como la guerra de 1914 abrió paso a la democracia social en occidente y la implantación en Rusia del marxismo-leninismo, la década de 1970 ha erosionado también este último sistema y, asimismo, ha puesto en jaque los fundamentos mismos de la civilización cristiana, producto ello de la acción del marxismo en Occidente, que profirió de los beneficios de la democracia.

Y veamos realidades concretas. En la esfera de acción internacional del propio comunismo, han aparecido estructuras nacionalistas de Estado, como ocurre con China y Rumania, para citar algunos ejemplos: países que reniegan del patrón soviético. En la esfera interna del soviétismo, ha sido tal el fracaso del sistema económico socialista que ha tenido que aceptar la inversión extranjera, atraer tecnología de occidente y alimentarse de los contingentes de trigo de los Estados Unidos: el ideologismo puro fracasó rotundamente. La prueba más palpable está en que el comunismo pierde día a día juventud, a beneficio del extremismo de izquierda.

La crisis de occidente es aún más grave. En forma lenta al comienzo, metódica e inteligente después, el marxismo se fue apoderando de cuatro

enclaves básicos del mundo occidental. En primer término, todos los organismos de desarrollo económico de las Naciones Unidas, institución en lo político cara e inútil, sólo una vocera de la gritería marxista. Paralelamente, el marxismo se fue apoderando de la información y, en forma sutil, de la mayoría de los medios de expresión: Chile fue un ejemplo; en una u otra forma, la noticia se distorsiona y compone para sus fines. En este aspecto hemos perdido una batalla, porque la honestidad de este Gobierno no puede dar una lucha equivalente a la mentira elevada a nivel de dogma. El tercer frente lo abrió el marxismo en la propia Iglesia Católica. Desde su creación tuvo la Iglesia un esquema en lo temporal de adaptación al desarrollo del pensamiento político predominante y conservando su espiritualidad, siempre logró encauzarlo. Pero fue fuerte y categórica frente a la herejía. Hoy le ocurre el caso inverso, pues el marxismo la corroyó internamente también; por eso, su palabra es vacilante y sus planteamientos mueven a la duda: trata de unir lo humano y lo divino, dando cada día más argumentos al marxismo en lo primero y relega a segundo plano lo segundo. Finalmente, el pensamiento universitario de occidente fue otro vehículo ideal de penetración: todo el pensamiento intelectual de los últimos veinte años reconoce como válido o muy importante el esquema marxista-leninista. La estrategia, el lenguaje, incluso los términos "imperialismo", "feudalismo", "burguesía" y otros miles afincaron en la redacción de los periódicos, en los "rapports" de los organismos de las Naciones Unidas y el pensamiento escrito de gran parte de la "intelligentsia" de occidente. Ha logrado identificar importantes contingentes de individuos y mediante, precisamente, las mismas monsergas que conocimos tan de cerca los chilenos durante tres años (1970-1973).

Hay algo más grave y es que sobran los incautos del diálogo social, de la comprensión o de la convivencia. Es el otro contingente que no quiere convencerse de que "la moral marxista", es expresión ideológica también en lo adjetivo, porque sirve sus fines; que pretende cambiarlos doctrinariamente por la vía de la competencia y que, finalmente, les está ofreciendo, como ocurrió en Chile, la posibilidad de la vía institucional y democrática para la culminación de la Revolución proletaria... desconociendo que el propio Lenin no hubiere intuido esta estrategia también, y hace más de cincuenta años...

Así, parte importante de la juventud americana y europea ya no acepta el régimen de mayorías, se identifica con el odio que recibieron gratuitamente en las cátedras. Va a cambiar el mundo por la "revolución en la revolución".

Frente a estos hechos dramáticos, tambalea Occidente; crisis en el liderazgo político occidental, convulsión constitucional en Estados Unidos (Watergate), la economía internacional se disloca frente al precio de las

materias primas y aparece la crisis energética. Ellos son aspectos indicativos que configuran aún más un desplazamiento histórico muy próximo.

En este mundo entró a gobernar Chile la Junta Militar de Gobierno. Ante Oriente con una ideología despedazada en lo pragmático, apoyada en la égida del absolutismo más desenfrenado y cruel. El otro lado del mundo, corroído en profundidad por el marxismo que adora a su nuevo dios: el socialismo.

Se ha hablado de una pronta Constitución para Chile y se pretende olvidar una realidad histórica que nadie puede dejar de tener muy presente.

En primer término, hagámonos una primera pregunta, ¿es bueno para el país que a plazo relativamente breve nos demos una Constitución Política? Mi respuesta es rotundamente, no. La actual crisis mundial no va a contribuir a evitarla en nada un Nuevo Estatuto Constitucional y, al contrario, puede ser alimento precisamente a los mismos males interiores —hoy mundiales— y que Chile (no olvidemos) fue el “conejillo de Indias” más expresivo.

Si existe un Poder Ejecutivo eficaz como el que tiene la Junta Militar de Gobierno y que actúa en forma práctica, ordenada, clara y sin distinguos políticos en su acción, no veo el objeto. Si existen Tribunales Independientes y el Poder Judicial actúa con absoluta prescindencia política (como que incluso ha denegado extradiciones solicitadas por el Gobierno y hasta ha declarado inconstitucionales decretos leyes), no veo para qué cambiar por ahora y mucho tiempo el Estatuto Político. ¿Acaso hace mucha falta el Congreso Nacional, me pregunto? Desde luego, en estado de emergencia política, de amenaza ideológica exterior y de estado de guerra interno, no veo qué papel podría cumplir un Congreso, aunque fuera del tipo “termal”, como le gustó al General Ibáñez.

Segundo problema. ¿Es muy importante que la propia Junta Militar se dé un Estatuto Constitucional Provisorio? No tiene ninguna importancia. Por las mismas razones expresadas en el párrafo anterior. Si se trata de cautelar los derechos humanos, que algunos trasnochados de izquierda y nuevos mecenas de los marxistas reclaman, existen Tribunales Independientes, que son precisamente los encargados —por la propia constitución vigente— de velar por ellos. ¿Qué ganaría el Gobierno de Chile con un Estatuto Constitucional Provisorio? Absolutamente nada. ¿Y que perdería? En primer lugar, los propios políticos en Chile y el marxismo en el exterior se encargarían de hablar de “parodia constitucional”, “constitución nominal o semántica”. Y les daríamos un nuevo argumento para atacar a la Nación. Además, en forma inadvertida para la gente de buena voluntad pero muy advertida para los “conocidos de siempre”, empezaría la presión para el restablecimiento institucional, la preparación de la Nueva Constitución, todo ello rodeado de las hermosas frases de que

“todos somos hermanos”, la “unión de todos los chilenos”, “el perdón de los que ofendieron a la Patria” y miles de otras muletillas, de los cuales nos sobran “especialistas”...

¿Qué es lo importante, a mi juicio, con respecto a la futura Constitución? Dos situaciones. La primera, que el actual Gobierno permanezca en el poder y asista al estallido de la crisis en Oriente y Occidente que se avecina, y vea cómo los occidentales adquieren el convencimiento de que el sistema democrático como está siendo concebido ha fracasado; cómo la experiencia y la doctrina permiten elaborar una fórmula que permita al individuo seguir siendo libre, pero gobernado por Ejecutivos fuertes, despolitizados e impermeables a la majadería del “ismo político”; cómo la Europa Occidental y los Estados Unidos adquieren el convencimiento de que están siendo destruidos por dentro; cómo la Iglesia retoma el camino de santificación que le exige su ideario, y cómo las agencias informativas y los organismos internacionales dejan de ser agencias del marxismo. ¿Que puede pasar mucho tiempo para que todo esto se produzca? Podría ocurrir, es cierto. Pero, ¿no es mejor, acaso, ser espectador que protagonista de la crisis descrita? Y, finalmente, vea cómo el tiempo, el desarrollo y la práctica demuestran la validez de las instituciones políticas que se estiman necesarias para Chile.

Mientras tanto, hagamos un esfuerzo los constitucionalistas y exijámoselos a los políticos: no reclamemos Constituciones si el mundo está a tal punto convulsionado; que no nos pase nuevamente que nuestro profundo espíritu institucionalista y jurídico tan razonado nos lleve de nuevo al despeñadero. Aprovechemos éste que tiene que ser, a mi juicio, un largo tiempo de Gobierno Militar para elaborar fórmulas, plantearlas, ofrecerlas con modestia y verificar su eficacia, en aquello que sea susceptible de implantarse, para que en el futuro constituyan parte de la dinámica institucional del Nuevo Estado Chileno.

Esta es la gran oportunidad histórica de Chile. Ha podido salvarse del marxismo cuando otros están recién entrando. Están demasiado agrietadas las paredes del sistema democrático que se creyó la panacea del mundo. Aprovechemos este entreacto de la Historia para consolidar la Unidad Nacional, en hacer del trabajo un verdadero sistema de vida para con nosotros mismos y para con el Estado y así aprenderemos a admirarlo en lo que realmente es.

La nueva Constitución de Chile será entonces un testimonio del que fue el sufrimiento de un pueblo y la alegría que deseamos permanente, de sabernos verdaderamente libres.

CARLOS CRUZ-COKE O.*

* Profesor de Derecho Constitucional, Universidad de Chile.